

MICHAEL VON ALBRECHT: *Grandes maestros de la prosa latina: de Catón a Apuleyo*. Murcia, Universidad de Murcia-Servicio de Publicaciones, 2013, 368 páginas. ISBN: 978-84-15463-51-1.

Hay que felicitar a la Universidad de Murcia por su feliz idea de ofrecernos esta obra del profesor Von Albrecht¹ (1971^{1.ª ed.}), traducida en un español claro, correcto y elegante por el profesor A. Mauriz, y complementada con una bibliografía española a cargo del profesor D. Castro.

Diez capítulos de análisis lingüístico-estilísticos de textos representativos de géneros literarios como la prosa técnica, la historiografía, la oratoria, el

¹ A partir de aquí V.A.

diálogo filosófico, la epistolografía o la novela nos hacen degustar la prosa latina desde la época arcaica a la postclásica (II a.C.-II d.C.). Partiendo de fragmentos de «grandes maestros de la prosa latina», con sus correspondientes anotaciones textuales y su traducción al español, se pasa revista a algunos de los comentarios de reputados filólogos modernos sobre los aspectos considerados más relevantes, bien para seguirlos, bien para apartarse de ellos, bien para puntualizar algunas cuestiones, y siempre para apoyar o complementar los juicios lingüístico-literarios vertidos en el comentario.

En el primer capítulo tenemos tres fragmentos de diferentes obras de M. Porcio Catón, el Censor. El primero procede del prólogo de *Sobre la agricultura*. El análisis de la construcción oracional demuestra que, bajo una apariencia de tosquedad, la disposición de los elementos en las oraciones, la estructuración global del texto, la repetición de términos o la acumulación de sinónimos, según los casos, revelan rasgos de una oralidad lógica en un momento de conformación de la lengua literaria, pero de una oralidad artística, no debida a la incapacidad retórica.

Fragmentos procedentes del discurso en favor de los rodios (167 a.C.) y conservados en la obra de Gelio constituyen el segundo texto. V.A. dirige su comentario a dos cuestiones: la influencia de la retórica griega en Catón y el valor de las construcciones arcaicas. De la disposición de ideas se desprende que la *vis* oratoria del discurso no deriva de una organización lógica y compacta de estas, sino que Catón, apoyado en su autoridad moral, hilvana argumentos emocionales, contrapuestos lógicamente, pero efectivos cada uno por separado según qué momento del discurso. En el plano de la *elocutio* llama la atención sobre la repetición de términos que implican nociones fundamentales. También cobra especial relevancia el orden de palabras: encadenamientos arcaicos, aprovechamiento de la posición inicial, hipérbatos variados o la *ring composition* son elementos que dotan a la narración de énfasis y claridad expositiva. Concluye con una síntesis de estudios anteriores sobre la influencia de la retórica griega en Catón, influencia que no es tan relevante como han pretendido ver algunos.

En tercer lugar, analiza un fragmento de *Orígenes* transmitido por Gelio: la gesta de un tribuno romano que se sacrificó con 400 soldados para que sus compañeros pudieran salvarse. Aquí V.A. rebate «el modesto coloquialismo» de que tacha Leeman el estilo de Catón en esta obra. Para V.A. lo que impera son elementos estilísticos de oralidad ya vistos (acumulación de sinónimos, utilización de dobles del lenguaje administrativo y pleonasmos), pero no coloquialismo. En el análisis de la estructura insiste en las construcciones en anillo y en otros rasgos arcaicos del lenguaje, pero, sobre todo, nos hace ver cómo los recursos formales y su distribución están en perfecta consonancia con el contenido, de manera que el Censor maneja el

lenguaje —en este y en los demás textos— más con intención pragmática que estética, respondiendo por un lado, quizá, a su carácter mismo, y por otro a la conformación incipiente del lenguaje literario romano.

En el segundo capítulo aborda comparativamente dos textos oratorios procedentes el primero del discurso de C. Graco *De legibus promulgatis*, y el segundo, de los discursos contra Verres, de Cicerón, si bien trae también a colación un pasaje Catón el Censor y otro del discurso en defensa de Murena, y ello con el fin de trazar el perfil orador de C. Graco, partiendo de las ideas vertidas sobre su estilo desde la Antigüedad hasta nuestros días. Analiza el léxico y la sintaxis oracional, la técnica narrativa y la combinación de racionalidad y emotividad. En cuanto a la *latinitas*, no se perciben grandes diferencias entre los dos oradores; sí, en cambio, en cuanto a la técnica narrativa, ya que en el discurso de Graco se aprecia la tendencia a una consciente *brevitas*, que da la impresión de sencillez, frente a la intensificación retórica de las emociones por parte del Arpinate. En cuanto a los medios para suscitar la emoción, destaca V.A. la estructuración de las oraciones colocando los términos relevantes al principio y al final, así como, sobre todo, los posibles efectos de la *actio*, ambos recursos minusvalorados por la crítica.

Concluye con la idea de que la mayor perfección artística atribuida al Arpinate vendría derivada fundamentalmente de las mayores exigencias retóricas de la Roma de Cicerón, así como de una mayor tendencia literaria por parte del Arpinate.

En el capítulo tercero comenta V.A. dos textos de César, uno oratorio, del discurso por la muerte de su tía Julia (69 a.C.), y el otro historiográfico, extraído de los *Comentarios de la guerra de las Galias*. El análisis estructural y rítmico del primero nos revela un estilo mucho más ornamental y elevado que el utilizado en el texto historiográfico. A partir de este análisis, se cuestiona el supuesto aticismo de César, siguiendo las posturas de J.F. D'Alton y A.D. Leeman, frente a E. Norden, defensor del aticismo de César.

En cuanto al fragmento de los *comentarii*, se percibe un estilo mucho más objetivo y funcional. La utilización de la expresión adecuada en lugar de la especialmente escogida supone un rasgo de objetividad, en tanto que la distribución de los términos en la frase teniendo en cuenta la idea que quiere resaltarse en lugar del ornato, así como la distribución misma del texto constituyen rasgos de pragmatismo.

También dos textos —esta vez de Salustio— son objeto de análisis en el cuarto capítulo. En el primero, procedente de *La conjuración de Catilina*, tras un primer acercamiento a cuestiones de fonética, léxico y sintaxis, que muestra un estilo mucho más poético del que percibimos normalmente, V.A.

traza un profundo análisis de la sintaxis oracional y de la disposición de ideas, en el que nos hace ver el juego de simetrías y asimetrías coexistentes y los efectos que provocan estas combinaciones. Concluye el análisis con la vinculación estilística entre Salustio y Catón: Salustio habría intentado trasplantar el estilo y la actitud de Catón a su obra para ponerlos al servicio de la Roma del momento.

Esta vinculación se pone de nuevo de manifiesto en un pasaje de *La guerra de Yugurta* a través de un acercamiento temático-compositivo que nos revela una estructuración de las ideas en forma concéntrica, sin distorsiones. El efecto de los recursos utilizados por Salustio deriva más de su distribución y combinación que de la acumulación.

En cuanto a su relación con otros autores, concluye V.A. que el estilo de Salustio sería más profundo y penetrante que el de Catón, más vivaz por su colorido que el de César y mucho menos ampuloso y exagerado que el del Cicerón orador.

En el quinto capítulo, V.A. nos presenta una comparación entre el enfrentamiento del soldado romano Tito Manlio contra un enorme guerrero galo narrado por dos autores de épocas distintas: Claudio Cuadrigario y Tito Livio. La comparación de contenidos deja ver que en el texto de Livio hay omisiones y adiciones con respecto al de Cuadrigario. Tito Livio ha refinado la narración adaptándola a la disciplina y a la moral romana, al gusto de la época de Augusto y a su propio talante literario, dotándola de mayores efectos psicológicos y reduciendo elementos del combate.

En cuanto a la comparación lingüístico-estilística, se nota mayor sencillez en Cuadrigario con una tendencia al *ordo rectus* frente a las frecuentes alteraciones de Livio, sin abuso de recursos retóricos, y, salvo en detalles concretos, mucho más alejado que Livio del colorido discurso poético de la épica. La propia estructura narrativa del conjunto revela un estilo mucho más plano en Cuadrigario, con los recursos sintáctico-estilísticos puestos al servicio de la progresión lineal de la narración. Una vez más vemos cómo la búsqueda casi exclusiva de la dignidad, claridad y corrección en el lenguaje literario de comienzos del siglo I a.C. se ve superada por la aportación estética del torrente retórico de época augústea.

Dos textos filosóficos se analizan en el sexto capítulo. El primero, extraído de *Sobre la república* de Cicerón, es la parte final de las explicaciones que Escipión el Viejo da sobre la vanidad de la gloria. Tras la estructura temática del texto, V.A. procede a un análisis sintáctico-estilístico que muestra cómo Cicerón, partiendo de un vocabulario bastante usual, alcanza sus principales logros artísticos a través de la variedad en las construcciones oracionales, de la distribución de los términos en la oración, de la combinación de pa-

labras para lograr *callidae iuncturae* y de las repeticiones o variaciones en la expresión según los casos. En este sentido, antítesis, paralelismos y quiasmos se combinan para sortear la excesiva monotonía de la narración filosófica con maestría literaria. En definitiva, el autor nos hace ver un perfecto ejemplo de la contribución ciceroniana para adaptar el latín como lengua de la Filosofía.

En el análisis del segundo texto, primera carta de Séneca a Lucilio, sigue un orden parecido y nos presenta algunos de los rasgos estilísticos más relevantes de Séneca, como son la variedad que impera en cuanto al léxico, siempre a la caza de sinónimos —mucho mayor de lo visto en autores anteriores—, su refinada actitud urbana con respecto al receptor, su rigurosa organización de las ideas o su agilidad narrativa. A esta vivacidad contribuye la fuerza visual que proporcionan metáforas establecidas a partir del mundo de las obligaciones personales y de la esfera de las posesiones, a través de las cuales Séneca traslada el ámbito de las relaciones sociales al pensamiento individual. El gusto por el asíndeton, característica repetida en los diálogos, contribuye a esta agilidad narrativa. Frente a los períodos relajados de Cicerón encontramos oraciones más breves, rematadas con frecuencia por agudezas, fruto de gradaciones, antítesis o disposición de los términos, destinadas a reforzar máximas que pretenden a cada paso influir sobre el receptor. De este modo, Séneca puso la retórica al servicio de la filosofía práctica y del adoctrinamiento moral, lo que, junto con sus comentarios poco respetuosos sobre el Arpinate, le valdría juicios desfavorables de Quintiliano.

En el séptimo capítulo encontramos el análisis de un fragmento de la cena de Trimalción, del *Satiricón* de Petronio. V.A. comienza por cuestiones de lengua y estilo, destacando el gusto por los vulgarismos léxicos, fonéticos y morfosintácticos como medio para imprimir colorido y vivacidad, así como por las ultracorrecciones lingüísticas como modo de caracterizar al nuevo rico. También el vocabulario contribuye a dotar de expresividad a la narración mediante el uso de compuestos nominales escasamente utilizados en el latín clásico; una expresividad que se ve reforzada por el uso de la alternancia entre elementos estilísticos sublimes y bajos. En este sentido, Petronio es capaz de despojar de su tono elevado a las imágenes literarias más serias utilizándolas para temas banales. Igualmente, contribuyen a la expresividad las expresiones braquiológicas, así como las fórmulas huecas del lenguaje cotidiano en los pasajes más vulgares alternando con los términos precisos utilizados en los pasajes más serios. Por su parte, el análisis temático-compositivo demuestra un cuidado exquisito de la estructura, sucediéndose las ideas de forma totalmente lógica, según muestra el reiterado uso de conectores oracionales utilizados.

Concluye V.A. que incluso los pasajes de Petronio considerados vulgares constituyen composiciones artísticas de gran «ambición literaria», que, por un lado, reflejan un profundo sentimiento vital, y, por otro muestran la degradación de ciertos valores tradicionales.

En el octavo capítulo, el autor procede a la confrontación de la supuesta versión original del *senatus consultum* del emperador Claudio sobre la concesión del *ius honorum* a los galos y la versión transmitida por Tácito en *Annales*. Tras un análisis de la estructura general de ambos textos, pasa a la comparación, fijándose en los elementos que Tácito suprime y añade. En general, Tácito renuncia a los detalles históricos y menos relacionados con el tema central para ampliar todo lo que tiene que ver con los rasgos generales del ser humano, como es habitual en su obra.

A continuación, el análisis estilístico comparado entre ambos textos nos revela, en el caso de Claudio, la convencionalidad del discurso político, si bien salpicado, en ocasiones, del ornato retórico del estilo historiográfico, lo que hace que no carezca de elegancia. Ello se combina con rasgos de oralidad que dotan al discurso de un estilo, a veces, distendido y tendente a influir subrepticamente sobre el auditorio.

En cuanto al estilo de Tácito, señala V.A. su tendencia a colocar la idea principal en posición subordinada, la superposición no totalmente lógica de ideas, la concisión (frecuentes elipsis) y la yuxtaposición, la asimetría en las construcciones oracionales, la utilización de ejemplos exagerados que convezan por su fuerza y la muy variable posición de los verbos principales.

En definitiva, la divergencias de estilo pueden resumirse en una mayor convencionalidad lingüística y una mayor moderación en el uso de recursos estilísticos por parte del político, de manera que estos no interfieran para la comprensión del mensaje, frente a un empleo sistemático de los recursos elocutivos que aleje la expresión literaria del lenguaje habitual en el caso del historiador.

Una carta de Plinio el Joven a Tácito en tono alegre y distendido ocupa el capítulo noveno. En ella Plinio pone en valor el quehacer literario frente a otras ocupaciones, como la caza. V.A. se fija en el sugerente orden de palabras, en la significativa concisión propia del lenguaje epistolar y en la reiteración de dos tipos de construcciones bimembres: unas en forma de contrastes, que dotan de énfasis a uno de los elementos y provocan expectación, y las otras, que dan lugar a semejanzas en las que la misma idea se desarrolla a partir de elementos complementarios. Pero lo primordial para apreciar el alto valor literario de la epístola son tres aspectos: el hecho de que Plinio introduzca al interlocutor al principio, en el medio y al final de la

carta, rematando cada parte con una agudeza, los distintos matices expresivos otorgados a unos mismos conceptos y las variaciones que, en ocasiones, se utilizan para referirse a la misma idea.

En el último capítulo, el autor analiza un fragmento del libro III del *Asno de oro*, en el que Lucio, ya transformado en asno, es golpeado por su propio criado hasta que unos ladrones irrumpen en la escena. Se detiene V.A. en la estructura y técnica narrativa, por un lado, y, por otro, en el léxico y efectos que provoca. En cuanto a lo primero, nos muestra cómo se combinan en el pasaje el suspense dramático con el rápido desenlace final, todo ello narrado desde el punto de vista del asno, pero de un asno con conciencia humana, lo cual aumenta el dramatismo y provoca secuencias de una agrí dulce comicidad con la inversión de roles amo / siervo. En cuanto al léxico, V.A. resalta las resonancias mágico-religiosas que, mediante combinaciones léxicas, adquieren términos comunes e imágenes habituales, poniendo en relación el pasaje con otros capítulos y con la trama misma de la obra, así como la plasticidad que proporciona el uso de ciertos términos y la comicidad que reportan los ecos de *Catilinarías* y *Verrinas* en boca del esclavo.

Como conclusión, y en comparación con Petronio, establece el autor que el lenguaje de Apuleyo es más uniforme y menos proclive al énfasis en las escenas vulgares. Asimismo, que su estilo no es tan claro y preciso como el de Petronio, quizá porque su pretensión no es reflejar y criticar lo superficial, sino adentrarse y sacar a la luz la esencia del ser humano.

Concluido el análisis de los textos, una bibliografía general, a cargo del autor, ordenada según los autores objeto de estudio, junto con otra amplia bibliografía específicamente española sobre los autores tratados añadida por el prof. D. Castro, proporcionan material suficiente para la investigación y consulta sobre diversos aspectos lingüístico-literarios comentados o aludidos. Finalmente, tres índices, el primero de abreviaturas, el segundo de pasajes citados y el tercero de conceptos morfosintácticos y estilísticos facilitan la consulta del libro.

En definitiva, estimo que la obra cumple con su cometido de «poner de manifiesto, mediante la interpretación de textos significativos y característicos por su forma y contenido, las amplias posibilidades del arte prosístico latino», y considero que resulta de gran utilidad tanto para profesores, como para alumnos de niveles avanzados, ya que constituye un ejemplo modélico de manual para clases de comentario de textos literarios.

Juan María GÓMEZ GÓMEZ
Universidad de Extremadura